# LA ALBORADA



Año VII. Montevideo, 12 de Julio de 1903. Núm 278.

## Leonor

POR CARLOTA BRAEMÉ

verlos, y sólo Leonor sería la encargada de proporcionarles lo que necesitaran, para lo cual adoptó prudentes precauciones. Pero la desgracia que por tan largo tiempo venía persiguiendo á la señora Ridal, aun no estaba satisfecha, y, no obstante las prudentes medidas adoptadas por la desdichada madre, la misma fiebre que había postrado en el lecho á la señora Gordon, tocó con su llama devastadora á las dos inocentes criaturas; y cuando en una de las veces que la joven penetró en el aposento de sus hijos, observó que ambos presentaban marcados síntomas de la terrible fiebre, lanzó un grito desgarrador y cayendo de rodillas prorrumpió á llorar amargamente. Sabía todo lo que le esperaba; pues la terrible enfermedad, visitaba con frecuencia aquellos alrededores, y aunque siempre respetó su casa, la vió ejercer en otras familias su mortífera influencia.

—¡Dios mío ... salva á mis hijos! exclamó llena de espanto, y un sudor frío le inundó la frente.

Sin pérdida de tiempo envió á buscar el médico, que al llegar confirmó los justos temores de la joven madre. Guillermito estaba mucho más grave mientras que el estado de Victoria, á pesar de ser ésta de constitución más delicada, era relativamente satisfactorio.

—Decidme toda la verdad, balbuceó Leonor, medio trastornada. ¡Son para mí cuanto tengo en este mundo! ¿Se salvarán?

—Señora, repuso el doctor con la imperturbable calma adquirida á fuerza del continuo ejercicio de su profesión. Nada me es posible asegurar en este momento; pero tranquilícese y confíe en Dios que todo lo puede. En cuanto á mí, le prometo haré cuanto esté de mi parte, para que el Señor le conserve á usted esos dos ángeles.

Poco después de marcharse el médico, llegó don Guillermo, acompañado de la hermana de caridad. Encontró á su hija tan horriblenente postrada, que asustado la acosó á preguntas, pero al saber la nueva desgracia que los afligía, sin descansar, casi sin tomar aliento, púsose nuevamente en camino con dirección á San Luis. Ninguno de cuantos se hallaron en la quinta en aquellos ociagos días, pudo olvidar en mucho tiempo, las constantes escenas de desolación y angustias que se desarrollaron en la casa.

Por fin, gracias á la habilidad del médico y á los asiduos cuidados de Leonor, se presentó marcada mejoría en la enfermedad de la señora Gordon; pero los niños, con especialidad Guillermito, lejos de mejorar se agravaron tanto que hubo momentos en que el médico abrigó serios temores por su vida; y para colmo de desgracia, la hermana que los cuidaba cayó también enferma y hubo necesidad de enviarla al convento.

Por tercera vez, pálido y agitadísimo se dirigió don Guillermo á San Luis y al rogar á la madre superiora que le enviaran otra hermana, ésta, con extremada amabilidad, expúsole la imposibilidad en que se hallaba de complacerlo, por no tener ninguna disponible:

—Sin embargo, añadió la madre superiora. Si por parte de usted se costean los gastos que se ocasionen, podré mandar por una al convento central de París.

—¡Qué me importan á mí los gastos! exclamó don Guillermo, que estaba agobiado por el dolor; si pudiera comprar la salud de mis queridos enfermos, con toda mi fortuna, no titubearía un solo momento, así pues, madre superiora, puede mandar por ella inmediatamente.

Horas después de regresar don Guillermo á la quinta, recibió una carta de la superiora de San Luis, participándole que una hermana de la caridad, inglesa, y muy recomendada, voluntariamente se había ofrecido para cuidar á sus enfermos, debiendo llegar al día siguiente al convento, donde estaría á su disposición.

### CAPÍTULO XXXV

Indudablemente, el viejo propietario estaba destinado á vivir de sorpresa en sorpresa, y no fué una de las menores de cuantas recibió en su vida, la que experimentó al presentarle la madre superiora del convento de San Luis, la hermana que acababa de llegar.

Don Guillermo, quedó absorto ante la interesante y aristocrática figura de aquella mujer. Figurábase estar contemplando á la Venus de Milo, no de piedra, sino de carne, y en los encantos y bellezas femeniles de su delicado cuerpo, parecíale ver la artística urna en que se encerraba un espíritu muerto. En los grandes y rasgados ojos negros de la hermana, en la boca de sonrosados y finísimos labios, hubiérase podido adivinar que, tomando alojamiento en ellos el dios niño, acabó por dejar un reflejo imperecedero de sus miradas y de sus sonrisas; y aunque era la primera vez que la veía, asegurábase á sí mismo que aquella hechicera belleza era entonces más hermosa y seductora que nunca. Pero á pesar de la suprema distinción que en ella se notaba, á pesar de su aspecto de reina, parecíale también, como si tan divina criatura tuviese temor de hablar.

—Aquí tiene usted á sor María, dijo la madre superiora ... Ayudará á ustedes todo lo posible en sus desgracias.

—¡Oh! sí, pondré de mi parte cuanto pueda, balbuceó la hermana.

—Encontrará usted, hermana, le dijo el cariñoso padre, una casa triste y llena de desolación y angustia.

La hermana nada contestó, y don Guillermo, saludando con veneración y respeto á la madre superiora, invitó á sor María á que lo siguiera.

Al llegar á la quinta, el señor Gordon, en vez de llamar á su hija, insistió con la monja para que antes de dedicarse á los enfermos tomara algún alimento, pero ésta con un suave movimiento de cabeza manifestó que nada deseaba y acercándose después á una de las ventanas de la habitación donde la condujeron, púsose á contemplar el mar y las pintorescas montañas, con tal emoción y vaguedad en las miradas, que se adivinaba que su corazón y pensamientos se hallaban en otra parte.

—¡Magnífica vista! ¿verdad? dijo don Guillermo.

Y, al cabo de un instante, continuó:

—¿Qué nombre debemos dar á usted? hermana.

*(Continuará).*

AÑO VII — **LA ALBORADA** — NUM. 278

PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

DIRECTOR: ARTURO SALOM — REDACTOR: CARLOS F. MUÑOZ — DIBUJANTE: JOSÉ OLIVELLA — ADMINISTRADOR: AGUSTIN SALOM

Oficinas: 18 de Julio, 194 — Montevideo, Julio 12 de 1903 — Suscripción anual adelantada: $ 5


## El señor Luis Alberto de Herrera

SU VIAJE Á MONTEVIDEO

Después de una estadía de quince meses en la gran República del Norte, se encuentra entre nosotros el distinguido ciudadano Luis Alberto de Herrera. Como recordarán nuestros lectores, recayó en él, durante la presidencia del señor Cuestas, el nombramiento de secretario de la legación uruguaya, en Estados Unidos y Méjico, iniciándose así en la carrera diplomática, para la que revela grandes aptitudes.



Luis Alberto de Herrera

En su patria, Luis Alberto de Herrera se ha distinguido siempre como uno de los buenos de la joven generación, y más de una vez ha tenido que ocuparse la crítica de su avanzada literatura, puesta de manifiesto, con estilo propio y sin temores, en su obra «Tierra Charrúa». Y fuera de la patria, es uno de los hijos que la saben representar dignamente. En estas mismas columnas citábamos hace poco su nombre, con motivo de un congreso de americanistas celebrado en Nueva York, en el que el joven Herrera pudo lucir su inteligencia y vasta preparación.

Hoy de nuevo entre nosotros, son muchas las manifestaciones de cariño recibidas, y su casa se ha visto visitada por sus numerosas relaciones. Se le pensó dar un banquete, pero ha sido preciso desistir de ese propósito. La modestia de Herrera no ha querido consentirlo.

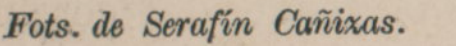
Reciba nuestra bienvenida el distinguido compatriota.

## El cura Crisanto M. López

SUS BODAS DE PLATA

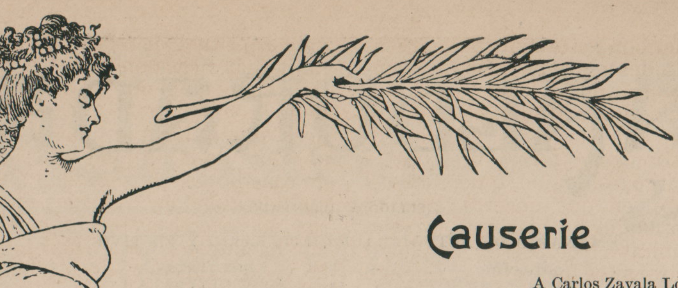
El 30 del pasado junio se cumplió el XXV aniversario de la primera misa dicha en el Salto, por su actual cura párroco Crisanto M. López. Festejando tal acontecimiento, ofreció á sus más íntimas relaciones un almuerzo, del cual reproducimos una fotografía.



*Fots. de Serafín Cañizas.*  El almuerzo — Crisanto M. López

Es fácil imaginarse los hogares que habrá bendecido don Crisanto, y el respeto con que le mirará la sociedad salteña en general.

Su carácter afable y su rostro siempre placentero lo hacen á todos simpático, como aquel cura del Pilar de la Horadada, del poema de Campoamor.



# Causerie

A Carlos Zavala Loaiza.

Cuando se piensa en los tesoros de erudición y de vida interior que Clarín arrojó pródigamente en páginas voladoras, se maldice á la Némesis cruel y vengadora, que cierra los horizontes hermosos para la juventud. En paliques, en Revistas mínimas, en páginas sueltas, alumbradas por vigilias dolorosas, caía la misma simiente ideal que fecundó otras obras durables de Leopoldo Alas. Pero, como presea del protector generoso de la juventud, quedan sus prólogos, obra sólida y amorosa, unida á nombres ya ilustres, como González Serrano, Altamira, Rodó y otros muchos.

El prólogo al estudio crítico sobre Gœthe de González Serrano, fué, sin duda, el más entusiasta, el más rico en dones de estilo y de arte. Porque Clarín adoraba á Gœthe, sentía la obsesión del nuevo Júpiter, y conocía sus obras con ese sentido avisado y profundo que él ponía en sus estudios favoritos. González Serrano se revela en su obra «crítico verdadero», penetra con viva intuición psicológica, en las obscuras regiones del genio de Gœte, tan hondo, tan múltiple, tan pródigo en fases como la Naturaleza. Clarín nota en el esfuerzo del joven español, una tentativa audaz, en medio de la superficialidad española. Alaba abundantemente las ricas páginas de crítica del psicólogo, que ha heredado la penetración de Valera, y él también, deja ver á la ligera, en su habitual forma desordenada y nerviosa, alguna idea magistral sobre Gœthe, algún recuerdo de pasadas lecturas, alguna huella luminosa de su espíritu curioso y abierto. Dos pensamientos apunta, que valen mucho para la práctica de los críticos: dice que el estudio reflexivo del genio exige *un quid divinum* en el crítico, que en vano emularán páginas declamatorias ó superficialidades vanas; y agrega que es inútil el esfuerzo del crítico si no tiene ese entusiasmo robusto y viril, que aguza la mirada y pule el ingenio. Es el «ardor sagrado» que pedía Platón para investigación metafísica y que también exige la crítica, si ha de ser alta y serena. Hay que convencerse de que la crítica va tomando una forma cada vez más científica, no en el sentido de una pedantería ridícula ó de un afán exagerado de fisiología literaria, sino en el más serio análisis de las obras, en la asimilación del espíritu del escritor, en el viaje frecuente á través de sus libros y de sus ideas, y sobre todo, en esa sinceridad, que sólo se da á los grandes espíritus y á los corazones amados de las Gracias.

Clarín establece que Gœthe, como todos los espíritus superiores, es contradictorio, desafía y vence á los «filisteos» de la crítica; es á la vez panteísta y místico y ecléctico, y hasta escéptico y sensualista; tan complicado y sabio como Fausto, y como él ansioso de ciencia y de luz hasta en la última hora de una existencia abundante. Clarín llega en un arranque de simbolismo y de ocultas iniciaciones, á llamar á Gœthe, oráculo y á esperar de él quién sabe si nuevas direcciones para el espíritu inquieto de la humanidad atormentada.

Hay, en el prólogo á «Mi primera campaña», de Altamira, una especie de autobiografía de escritor peninsular. Tan difícil, tan dura y mal retribuída ha sido siempre la labor de los críticos del periodismo, que Clarín, con la conciencia de la labor abrumadora, con el triste vislumbre de los libros que la dura necesidad cuotidiana le impedía escribir, lloraba sobre las grandes obras intelectuales, que quedarían siempre calladas en su cerebro. Eran gérmenes que nunca llegarían á gramazón. Se siente por las páginas del prólogo, el soplo acre del dolor inmerecido, que, en el espíritu de Clarín, se traduce en ideas de filosofía profunda y de aspecto de eternidad, como quería Spinoza, ¡Qué peor esclavitud, dice Clarín, que la de las cuartillas blancas, inflexibles y devoradoras!

Y por eso, escribe algunas cuartillas, las menos esclavizadoras sin duda, sobre la grande, la intensa filosofía del silencio. El quería callar, «como callan eternamente los cielos», como calla «el cielo del espíritu». Mejor que nadie comprendió Clarín todo lo que encierra el silencio, de idealidad, de vida interior, de profunda mirada sobre la realidad interna. El que se oponía con ardor á la frivolidad loca, á ese hablar gárrulo y vacío, sobre todas las cosas, el que extrañaba eiempre las antiguas pláticas platónicas, donde el diálogo animado, vibraba con el choque de las almas; no podía menos que condenar la superficialidad vanidosa de todas las declamaciones. Pero, algo de más profundo y general enseña la actitud de Clarín: es la llegada de la serenidad, de la virilidad, del olivo maduro, del otoño de los espíritus. La juventud inquieta, cuando siente el fuego del cerebro, cree en un porvenir propio en las letras: entonces el deseo de escribir, de hablar, de plantar muy alto, la enseña gloriosa, es el acicate de los espíritus que se abren. Más tarde, al contemplar la magnitud del horizonte científico, al sentir la plenitud de lo desconocido, sólo el silencio, el respetuoso y profundo silencio, es el pan de los espíritus agobiados. Se ha vivido para el exterior, se ha caído muchas veces en la ostentación y en el histrionismo; la madurez trae la concentración, el largo soliloquio, quien sabe si el monólogo célebre, en que encerró Hamlet los términos dolorosos del problema de la vida. Clarín expresa admirablemente este cambio al decir: «A los veinte años pensaba yo: ¡tengo tanto que decir! A los cuarenta pienso: ¡tengo tanto que callar!»

Algo quisiera yo decir de la fecundidad del pensamiento de Clarín, sobre el silencio. Toda una filosofía honda y vívida cabe dentro de esa observación concreta. La vida moderna ha traído una dispersión absoluta de la actividad literaria, un movimiento absorbente de la vida exterior. El verdadero desarrollo del espíritu exige una actitud de observación callada, una meditación que roba horas á la vida torrentosa. El artista, el literato, hasta el modesto espíritu que quiere sentir su vida y escribir, aún en *silencio*, su «diario íntimo», tiene que huir del trabajo y pedir al espíritu sus consejos.

Rodó ha observado profundamente que el «otium» de los clásicos, debe ser la regla de la vida espiritual; ocio fecundo en que las verdaderas y más ricas potencias del hombre se desarrollan, en un ambiente de silencio religioso. Si algo tiene la vida norteamericana, á pesar de su grandeza, que la haga antipática, es la preocupación absoluta de la utilidad y de la acción, el olvido de esas horas, consagradas á la vida más íntima del alma, en que el pequeño mundo interior, el *microcosmos* adquiere un valor altísimo, hasta concentrar en sí toda la magnitud de la vida y poder decir como Schopenhaeur: «el mundo es mi representación». Es decir, el mundo vive á través de mi espíritu, yo soy dueño de la realidad, porque tengo una gran fuerza de concentración solitaria.

Por esto, todos los grandes pensadores, los que más hondamente han hablado del alma, han consagrado su amor al silencio, como Emerson y Moerterlink y Bergson, el más simpático de los filósofos franceses, piensa que hay cosas en el alma tan sutiles y vaporosas, que el lenguaje las deforma, porque no se expresa bien en lenguaje de espacio, lo que sólo el tiempo, en su desarrollo misterioso, va abriendo, con arte desconocido.

F. GARCÍA CALDERÓN REY.

Julio de 1903.

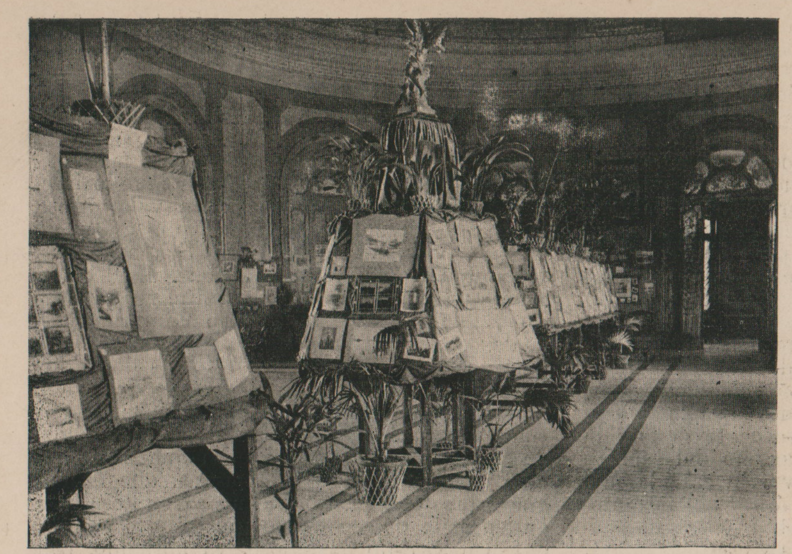
---

# En el álbum de Mila

Escribid en mi álbum, señor cura.
—Corriente, Mila, tu deseo es justo.
—Pero... versos ¿verdad?
—A tu hermosura,
porque quiero que salgan á tu gusto.
Sin embargo, hija mía, considero
que muchos, antes, te han llamado hermosa;
!cuántos veces del labio lisonjero
oirías que eres linda cual la rosa,
radiante como el sol...
—Aduladores!
—Que eres un ángel, que el amor inspiras...
—Mentiras.
—Mas del seno de las flores
siempre salen muy dulces las mentiras;
por eso, Mila, desconfía de ellas.
—¿Desconfiar de las flores?
—No te asombres.
—¿De las flores, señor, que son tan bellas?
—Ya sean del jardín, ya de los hombres,
las flores dan deleites poco sanos,
que la salud afectan, ó la calma:
las del arbusto te herirán las manos,
las de los hombres te herirán el alma...
Ah! son funestas, hija, tales flores.
—¡Es tan grato su aroma!
—¡Y hacen daño!
—Emblema de purísimos amores...
—Se disfraza con ellas el engaño!..
—Si el corazón, nos dicen, que habla en ellas
—Es el lenguaje vil de la falsía.
—¡Ah! ¡no, Padre! ¡las flores son tan bellas!..
—Mas desconfía de ellas, desconfía.
—Como contienen néctares que embriagan,
Es natural que de ellas se haga acopio:
Porque pase el beleño, nos halagan,
con lisonjas se venda el amor propio.
Cada Tenorio ha de decirte que eres
el ideal realizado de las bellas;
Y que eclipsas á todas las mujeres,
como á la luna, al sol y á las estrellas;
Que condensan tus ojos más fulgores
que los que esplende el refulgente día...
Te echará muchas flores...
—Puras flores,
Mas... ¡tan bellas!..
—Pero, hija, desconfía.
Yo que te canto, con mi canto aspiro
A que no pierdas tu serena calma.
El bello aspecto de tu forma, admiro;
Pero es más bella que la forma, tu alma.
Eres ingenua y pura é inocente,
tu pecho guarda la piedad sencilla;
y llevas reflejada en tu alba frente,
la castidad que en la del Angel brilla.
Si los encantos con que tú recreas
quiso Dios que brotaran en el suelo,
si naciste mujer, es porque seas
de las más puras vírgenes, modelo.
No empañe nunca tu alma candorosa
el hálito de pérfidos amores...
Serás, ¡oh Mila! para siempre, hermosa!..
Pero... ¡hija, *desconfía de las flores!*..

J. DE D. S.





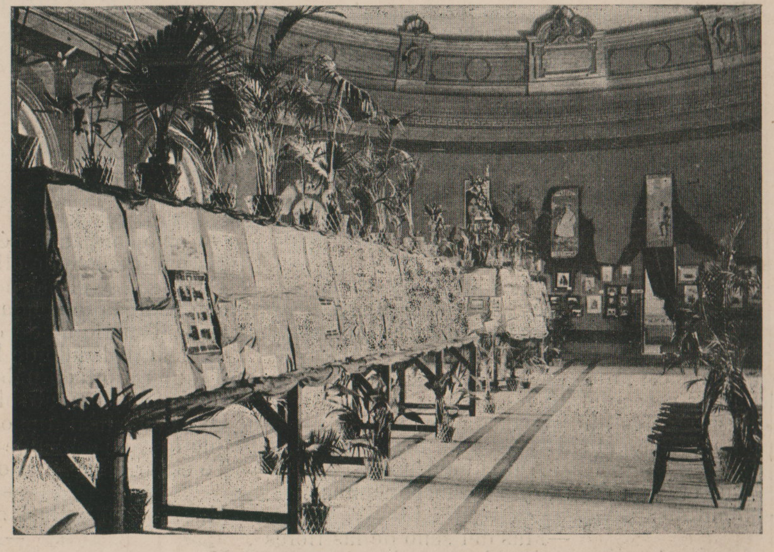
Vista general de la Exposición

## Ateneo de Montevideo

### LA EXPOSICIÓN DEL FOTO-CLUB

Grande interés despertó en nuestros aficionados fotográficos, la exposición últimamente organizada por el Foto-Club en el local del Ateneo. En el salón principal fueron distribuídos con gusto los trabajos de los expositores — que acudieron en gran cantidad—realzando así el brillo de la fiesta.

Fué más reducido, en cambio el número de concursantes que con sus correcctos trabajos se disputaron el triunfo. Si resultó importante la fiesta como nota artística, no lo fué menos bajo el punto de vista social, pues nuestro mundo más graneado y distinguido asistió á ella, pasando horas de agradable y amena conversación.



Vista general de la Exposición

En el concurso fotográfico celebrado conjuntamente, y del que estaban excluídos los profesionales, salieron laureados, según el veredicto del jurado encargado de dictaminar, los siguientes señores:

*Categoría de retratos.*—Premio, don Federico A. Capurro, por un retrato de su hija Olga.

Mención, Eduardo M. Saez, por un retrato interior del señor Alberto Pareja.

*Categoría motivo de género.* Premio, Carlos A. Castellanos, por una fotografía del jóven Pedro Seré Ibarra.

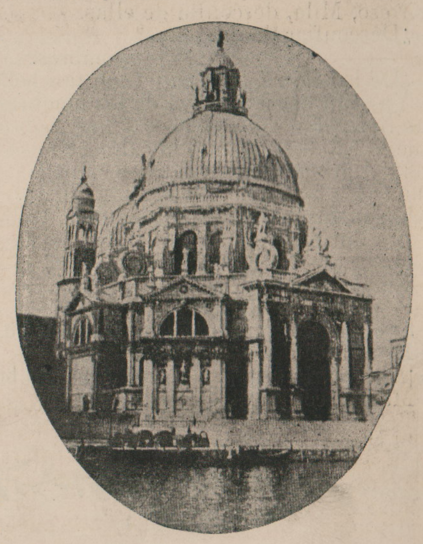
Mención, Matías Bauzá.

*Categoría arquitectura.* Premio, J. Rossi, por una fotografía de un edificio veneciano.

En las categorías restantes, el jurado creyó prudente no adjudicar los premios, por considerar deficientes los trabajos presentados. Para terminar: la exposición artístico-fotográfica del «Foto-Club de Montevideo», ha sido todo un acontecimiento, que ha hecho conocer que entre nosotros existen muy buenos artistas y mejores aficionados á la fotografía y ramas anexas.



Fotografía expuesta por el señor Capurro. Premiada



Arquitectura.—Fotografía del señor Rossi. Premiada



Eduardo M. Sáez



Retrato expuesto por el señor Sáez.—Mención



Fotografía expuesta por el señor Castellanos.—Premiada



Carlos A. Castellanos

*Inst. de Captain.*

## Salteñas

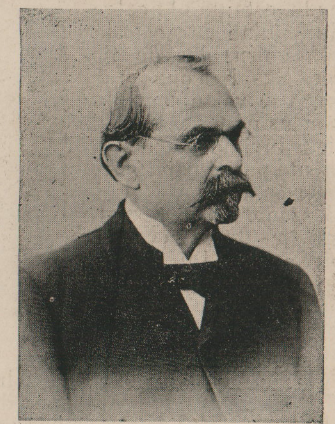
Remitidas por nuestro activo corresponsal en el Salto, señor Serafín Cañizas, publicamos las fotografías de los distinguidos ciudadanos don José A. Santini y don Juan Toucón.

El señor Santini acaba de ingresar en la corporación municipal del Salto, con motivo del fallecimiento del señor Camilo B. Williams. Está afiliado al partido nacional y figura en el escalafón militar de éste con el grado de teniente coronel.

—El señor don Juan Toucón, de cuyas inteligentes iniciativas ha podido disfrutar ya la población salteña, acaba de presentar á la Junta una propuesta para la construcción, por su cuenta, de una gran línea telefónica de más de 200 kilómetros de extensión, que pondrá en comunicación la ciudad con todas las secciones del departamento.



Don José A. Santini



Don Juan Toucón

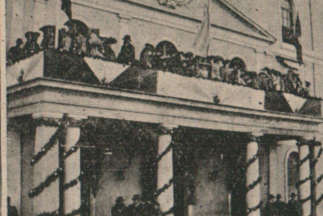
# La delegación brasileña

## Banquetes y recepciones

El miércoles 1.º del corriente pisó nuestra tierra la ilustre delegación brasileña enviada en misión de paz por el gobierno del vecino país.



Autoridades policiales y marítimas frente al muelle oficial



La concurrencia en la Comandancia de Marina



El general Vázquez y miembros de la comisión popular esperando á la delegación

A las 9 a. m. del citado día, el pueblo que se encontraba reunido en el puerto era verdaderamente enorme. En el muelle oficial, engalanado con gusto y sencillez, se destacaban los hermosos colores nacionales en medio de numerosos pabellones del Brasil. El edificio de la Comandancia de Marina había sido también adornado, ostentando colgaduras blancas y celestes con guirnaldas de flores. Sus balcones y terraza se veían ocupados por las numerosas familias invitadas expresamente por el capitán de puertos, coronel Ignacio Bazzano. Espectáculo igualmente atrayente ofrecía la bahía, surcada en todas direcciones por embarcaciones profusamente empavesadas. De acuerdo con lo dispuesto por el gobierno, saldrían á recibir al crucero «Barrozo» los buques de la escuadrilla nacional, en los que se embarcarían las siguientes personas: el secretario del Presidente de la República, el oficial mayor del Ministerio de la Guerra, el comandante general de Marina, un edecán de la presidencia y los representantes de la comisión popular.



El general Vázquez y la comitiva oficial se dirigen á recibir la delegación



Delegados y comitiva oyendo el himno brasileño

El programa oficial fué cumplido en todas sus partes. A las 9 menos 1/4 abandonaron los vaporcitos, atestados ya de concurrencia, sus muelles de fondeadero, marchando junto con la «Rivera», la «Suárez», el «Venus» y el «Ingeniero», al encuentro del «Almirante Barrozo». La comisión brasileña embarcóse en el «Guaraní», barco perteneciente á la casa de Antonio Braga.

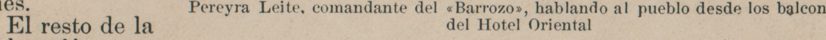


En marcha hacia el Hotel Oriental

Pocos momentos después se oyó el saludo de estilo hecho por el crucero, que fué contestado con veintiún cañonazos por la Fortaleza General Artigas. A las once menos cuarto pudo divisarse, á la entrada de la bahía, la flotilla que poco antes partiera en busca de los delegados. Al llegar á la restinga todos los vapores hicieron sonar sus bocinas produciendo un ruido atronador que aumentaban los silbatos de los vapores surtos en el puerto y el continuo clamoreo de la multitud.

Efectuado el desembarque, la banda militar del 3.º de cazadores ejecutó el himno brasileño, mientras el general Vázquez, acompañado de la comitiva oficial y popular se adelantaba hasta el muelle á saludar á los distinguidos huéspedes. Los primeros en echar pie á tierra fueron el comandante del «Barrozo», Juan Pereyra Leite; capitán de navío Carino de Souza Franco; el ministro plenipotenciario del Brasil, señor da Cunha, y el secretario de la legación, señor Luis Guimaraes.





Pereyra Leite, comandante del «Barrozo», hablando al pueblo desde los balcones del Hotel Oriental

El resto de la delegación estaba constituída por los tenientes primeros Rafael Brusque, Wenceslao Caldas, Tancredo Gomensoro, Trajano de Carvalho, Oscar Campos, Damián Silva, Amphilophio Reis y teniente segundo Carlos Soarez.

En el salón de recepciones de la Comandancia, el ministro da Cunha presentó sus conciudadanos al general Vázquez, quien les dió una bienvenida amistosa en nombre del gobierno uruguayo.

Acto continuo, habló á nombre del pueblo el doctor Pablo De-María, arrancando con sus inspiradas frases entusiastas ovaciones á la delirante multitud que le rodeaba. Ambos saludos fueron contestados por el comandante Pereyra Leite, con galanos párrafos rebosantes de sentimientos de paz y confraternidad.

Entre aplausos y vivas, la columna se puso en marcha hacia el Hotel Oriental, seguida por un pueblo numeroso que revelaba en todos sus actos el júbilo que le dominaba.

Respondiendo á esas aclamaciones de afuera, el comandante Pereyra Leite, desde los balcones del Hotel, dirigió sus palabras á la masa delirante, en cuyo momento fué tomada una de las fotografías que insertamos.



Vista de todos los delegados en el comedor del Hotel Oriental

Entre las numerosas fiestas con que fué obsequiada por la sociedad montevideana la ilustre delegación, merece citarse muy especialmente, por el brillo revestido, la reunión hípica y desfile militar celebrados en el Hipódromo de Maroñas.



Vista general del Hipódromo en las carreras del viernes — *Fot. Fitz Patrick*

No consiguieron aplacar el entusiasmo las amenazas de un tiempo lluvioso, al parecer dispuesto á jugar una pasada de mal gusto.

La carretera de Goes, cruzada por carruajes en dirección á Maroñas, era indicio de un éxito seguro. Y felizmente sucedió así. El palco estaba como nunca lo hemos visto, sin un solo sitio de preferencia libre, matizado por las más elegantes damas y señoritas uruguayas.

Igual atracción ofrecía el círculo comprendido por las pistas.

Además de la compacta masa de carruajes agrupada frente á las tribunas, se distinguían á lo lejos los alegres campamentos de los cuerpos de línea diseminados sobre la verde pradera, destacándose, como un conjunto de inquietos cisnes, la alba blancura de los kepíes de la tropa numerosa.

Corrida la cuarta carrera, se inició el desfile militar. Al toque del clarín de órdenes, todos los cuerpos corrieron á sus puestos, formándose en breve la columna, á cuya cabeza marchaba el coronel Bazzano acompañado de su estado mayor.

El ejército pasó gallardamente, á los acordes de marciales marchas, rivalizando todos los batallones en gallardía y corrección.

Como el poco espacio de que disponemos nos imposibilita de reseñar todas las fiestas habidas, nos ocuparemos sólo de las que ilustran nuestros grabados.



El banquete en casa del doctor Romeu

En casa del ministro de relaciones, doctor Romeu, se sirvió, en la noche del sábado, el banquete que ofrecía al doctor Xavier da Cunha y á los señores delegados. Rodearon la mesa, ricamente adornada con hermosos iris y abundantes flores, las siguientes personas: el centro lo ocupaba el doctor Romeu, que tenia á su derecha á la señora Adela da Costa de Avila, Emilio Avegno, señorita Enriqueta Illa, Luis Guimaraens, señorita Ofelia R. Piccardo, teniente 2.º Adalberto Nuñez, señorita Concepción Avegno, Eugenio Winterhalter, señorita Josefina Romeu, Pablo Bouvet y Pedro de Avila. A la izquierda del ministro de relaciones se encontraban la señora de da Cunha, Oscar Ordeñana, señorita María Illa, teniente 1.º Oscar Campos, señorita Concepción Romeu, teniente 2.º doctor José Paulino, señorita Concepción de Avila, teniente 2.º Claro Viana, señorita María Avegno y Oscar Rey. Frente estaba la señora de Romeu, y á su derecha el capitán Juan Pereyra Leite, señora Ana A. de Bouvet, capitán Carino de Souza Franco; y á su izquierda el doctor da Cunha, señorita Irma Avegno, teniente 1.º Trajano de Carvalho.



El banquete en el recinto legislativo

*Inst. de Blanco y Padilla.* 

Y por último citaremos el banquete celebrado en el recinto del Cuerpo Legislativo.

El salón de sesiones donde se realizó la fiesta estaba adornado con elegancia y gusto irreprochables, La mesa, puesta con la mayor corrección ostentaba flores y luces, cuyos rayos se coloreaban al atravesar los límpidos cristales.

Asistieron á la fiesta el presidente de la República, los delegados brasileños y nuestras más compicuas personalidades.

Agotado el menú, hicieron uso de la palabra el doctor Juan Pedro Castro, capitán Pereira Leite, doctor Antonio M. Rodríguez y el ministro del Brasil Xavier da Cunha.

He aquí algunos párrafos del discurso del doctor Castro: Distinguidos señores Delegados:

En esta fiesta que os dedica el Poder Legislativo, emanación directa del pueblo, y cuando ya leva anclas el «Barrozo»—de nombre doblemente grato para nosotros desde que os trajo—formulo el general deseo de que, á través de las expansiones populares, toscas siempre pero más expresivas que los decretados agasajos de los Poderes públicos, hayáis visto vibrar un afecto sincero á vuestra gran nación.

Ese sentimiento arraiga vigoroso en el alma nacional, vinculado á patrióticos orgullos. Los países pequeños—y por esa sola razón menos fuertes — profesamos quizá con mayor celo el culto de nuestras glorias guerreras, y los uruguayos unen á dos de las más preciadas suyas, el recuerdo del Brasil, porque juntos derramaron su generosa sangre brasileños y orientales, combatiendo tiranías, en los campos de Caseros y en los esteros fatídicos del heroico Paraguay.




Aún me parece sentir sobre mis mejillas de cuarentón, el quemante rubor que mi imperdonable imprudencia de *debutador amatios* me produjera aquella noche inolvidable!

Entonces, carecía de colocación, estaba suelto en plaza, y me había venido de *gorra*, á esta suspirada tierra del *champús ágrio* y... mujeres hermosas, en un cuerpo de ejército, abandonando mi hogar de provincia con harta sorpresa de los míos que me creyeron incapaz de realizar una aventura semejante. ¡Es tan preciosa la libertad!

Tuve la previsión, sin embargo, de acondicionar en un vetusto maletín, de paterna pertenencia, las pocas prendas que pude adquirir mediante un heroico ahorro como ex dependiente de menor cuantía en una tienda de géneros.

No olvidé mi levita—negra de origen—y á la que tenía consagrado una especie de culto, quién sabe si por su tenaz resistencia á las inclemencias del tiempo con sus lluvias invernales!

¡Qué hermoso es poseer una levita, cuando se tiene veinte años, y se está ávido de conquistas amorosas del género chico!

Mis pretensiones de adolescente me llevaron muy lejos; me encontré *smart* con mi levita de amplios faldones, negra, muy negra, como que la hacía pasar con alguna periodicidad por una inmersión de agua de campeche y caparrosa, preciosa combinación que me permitía lucir mi querida prenda, con toda la desenvoltura de un amanuense de ministerio!

¡Cuánto me hubiera valido ignorar la virtud de tales substancias!

Por aquel entonces, tenía un amigo bastante apreciable, de esos que no desperdician ocasión para divertirse, y poseen en cartera, en orden admirable de fechas, todo un calendario de santos, listos á deslizar una tarjetita de felicitación en momento psicológico y aunque no siempre con propósito sincero, á quien ha tenido la dicha de cumplir un año más en este pícaro mundo.

Mi amigo era, á más de simpático y decidor, un bailarín consumado, condiciones que le hacían apreciabilísimo ante el bello sexo, en el que gozaba de merecida fama.

Decididamente, Arturo era el hombre que necesitaba para poder apreciar lo más cerca posible, las cualidades ó defectos de esas vaporosas chicas trascendentes á ilang-ilang, bergamota y jazmín—perfumes de la época—y á las que apenas conocía apostado en una de las esquinas de Espaderos, en el portal de Escribanos ó en el atrio de la iglesia de San Pedro, magníficos puntos de observación y obligada concurrencia.

Entre esas bellas había una que me producía deliciosos calofríos siempre que pasaba por mi lado. Era una morenita esbelta, de ojos negros expresivos, pelo abundoso y azabachado y andar airoso... lo suficiente, para producir un completo trastorno en mi amartelado espíritu.

Declaréme su custodio, pasando mañana y noche por debajo de los balcones de su casa, llegando mi heroico é ignorado sacrificio de amante tierno y constante, hasta soportar las nubes de polvo, levantadas por las escobas de pichana de los hijos del celeste imperio, en el barrido de la población.

Venciendo ciertos escrúpulos, hice á mi amigo Arturo la confesión de mi pecadillo, de manera tan patética, que logré interesarlo en mi favor; prometiéndome éste satisfacer en breve mi ardiente aspiración.

Cumplióme su ofrecimiento, aunque empleando medios poco tranquilizadores á mi espíritu.

Había logrado ponerse al habla con Beatriz —no de Tenda—dueña de mis pensamientos, y la mamá de ésta, manifestándoles el ardiente deseo que alimentaba por merecer el honor de ser su amigo; agregando, que era un joven que venía á ésta á gastarse parte de su fortuna y que estaba en víspera de recibir otra muy *gorda* de un tío decrépito.

La demanda fué aceptada con exquisita indulgencia de parte de la señora Eduviges Regueira, viuda de Pasalagua y adorable hija, dejando á mi amigo, la elección del día en que debía serles presentado.

Previas instrucciones de Arturo, á fin de marchar en perfecta conformidad con sus declaraciones de *posición holgada, presunto heredero de tío decrépito*, etc., presentéme una noche lo mejor que pude en casa de mis futuros amigos.

Confieso que no me porté mal, á pesar de actuar en distinto medio al que estaba acostumbrado en mi provincia. Procuré ser galante, sin pasar por cursi y empalagoso; y cuando mi amigo hizo girar la conversación sobre la próxima herencia de mi supuesto tío, afecté tal naturalidad no exenta de modesto rubor, é hice ciertas cariñosas interrupciones al hablador Arturo, que éste no pudo menos que observarme con orgullosa complacencia casi incapaz de disimular.

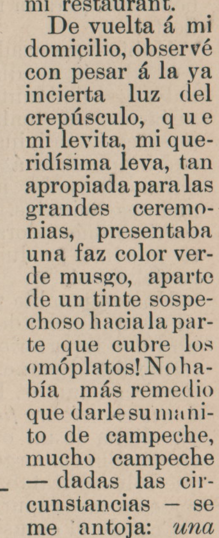
¡Si el malogrado Vico resucita y presencia semejante escena, me habría enviado la más alentadora de sus sonrisas!

El efecto que había producido en mis interlocutoras, era excelente. Me lo delataban en demasía su distinguida consideración y afectuosa solicitud.

Al retirarnos de la casa, no pasó desapercibido, para mí, el significativo apretón de manos, que recibiera tanto de la mamá como de la hija; como tampoco esta elocuente frase de doña Eduviges:—Muy pronto por acá, ¿no es cierto?

Aquella noche no pude conciliar el sueño; la imagen de Beatriz me perseguía incesantemente y resolví soñar despierto, forjándome las más bellas ilusiones al lado de tan linda y espiritual muchacha.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . .



Transcurrieron algunos días.

En cierta mañana recibí con sorpresa la visita de Arturo—tan perezoso de ordinario.—Venía alegre y decidor como nunca.

—Chico, me dijo, hoy es el natalicio de la señora Eduviges, y tengo especial encargo de invitarte para esta noche á tomar una taza de te. El *fa*—es tentador y no dudo que aceptes.

—¡Con mil amores! le respondí.

—Habrá que enviarle un obsequio.

—Sin duda, pero...

—No hay pero que valga.

—Tienes razón.

—Espérame á las 8 p. m. Adiós.

Toda mi alegría desapareció, ante la consideración de que apenas contaba con unas pocas *barras* para subsistir ¿Cómo salir del paso? El dilema era fatal: ó ser consecuente con mi *supuesta riqueza*, y sacrificar mis economías á riesgo de mi estómago, ó renunciar á la dicha de ver á Beatriz. A los veinte años, no cabe vacilación: opté por lo primero: y mediante unos 10 duros, parte de mi depósito sagrado y el producto de la pignoración de un terno de saco—que leva no admiten los prestamistas—logré reunir dicha suma.

A las 2 p. m. del mismo día, un mozo del honesto hotel en que vivía, condujo á casa de doña Eduviges un bonito devocionario en su estuche afelpado, junto con mi tarjeta oliente á esencia de bergamota!

Dirigíme en seguida á los baños del comercio, y después de gozar de las delicias de una agua perfumada—condición *sine qua non* para asistir á una *soirée*—dime prisa en buscar una corbata de efecto! La corbata, hace importantísimo papel, cuando la exhibimos sobre una pechera blanquísima y bien planchada! Las mujeres, sobre todo, se preocupan mucho de este chisme, concediendo el favor de su simpatía á quienes le llevan con cierta corrección.

Comprendiendo esto, me la pasé más de tres horas en busca de la deseada corbata, que al fin encontré de mi gusto en un pequeño bazar del portal de Botoneros.

Mientras tanto el tiempo transcurría y apenas me quedaba el suficiente para el arreglo de mi modesta persona, que estaba bien lejos de poseer lo superfluo.

Cuando se está en la edad de las ilusiones, las horas que preceden á un jolgorio se pasan en una tensión nerviosa que nos incapacita muchas veces para llenar las más naturales funciones de la vida. Experimentaba algo parecido y como consecuencia, apenas pude tomar alimento, reservándome hacerlo en la hora del ambigú y con potajes de fijo más delicados y confortables que los que me proporcionaran á diario en mi restaurant.

De vuelta á mi domicilio, observé con pesar á la ya incierta luz del crepúsculo, que mi levita, mi queridísima leva, tan apropiada para las grandes ceremonias, presentaba una faz color verde de musgo, aparte de un tinte sospechoso hacia la parte que cubre los omóplatos! No había más remedio que darle su manito de campeche, mucho campeche—dadas las circunstancias—se me antoja: *una limpieza por abreviatura!* Procedí como pensé, y, mudo y absorto—pero no de rodillas—ostentando todavía en mis manos la huella de mi ruda y poco edificante tarea, sentéme á contemplar mi leva, extendida sobre el respaldo de una silla de madera curvada, deplorando para mis adentros la ausencia de una plancha que me permitiera rematar mi obra, con la prontitud deseada, ya que el sol y el aire me habían negado su benéfica influencia.

Mientras tanto se aproximaba la hora de la cita, y en mi desesperación, opté por colocarme mi leva, dando largos paseos con ella sobre la azotea, á fin de orearla siquiera á la acción de una *leve brisa*, como diría el autor de «El Beso del crimen».

Conseguido en parte mi deseo, vestíme como pude. Un momento después tenía á Arturo delante, encomiando la corrección de mi indumentaria, sobre todo de mi leva flamante (?) de la que renuncié á tratar por un sentimiento de amor propio.

Un coche de plaza, alquilado por mi amigo, nos condujo á casa de doña Eduviges, donde se advertía á primera vista, el arreglo inusitado para una fiesta, en que la familia se empeña en

lucir más de lo que tiene. Había profusión de luz—mixta—plantas y flores, presentando el bonito salón, mediante la eliminación de los guardapolvos de los asientos de brocato de seda color amarillo, un aspecto severo y elegante.

Se había reunido un buen número de invitados, entre éstos algunas señoritas en vaporoso traje blanco de carácter, impacientes por dar movimiento á sus pies, al son de un hermoso vals de Strauss ó Amézaga favoritos de los *dilletantis* de aquel tiempo.

Fuimos objeto de una cariñosa recepción; comprendí que la inspiraba en su mayor parte mi afición á la música, de lo que había dado pruebas en mi primera visita, ejecutando al piano algunas tocatas bailables que merecieron el honor, no sospechado para mí, de juzgarlas acompasadas y hasta bonitas.

Bajo tan buenos auspicios emprendí la conquista de Beatriz, quien con su vistoso traje de blanco surah guarnecido de fino encaje, estaba bellísima. ¡Era la reina de la fiesta!

Había comenzado el baile y la alegría se dibujaba en todos los semblantes. Mi entusiasmo no tenía límites, pues creía adivinar que no era indiferente á Beatriz, quien retornaba mis insinuantes miradas, con sus sonrisas más adorables, tanto que me producían vértigo delicioso!

Una respetable viuda, que aún ostentaba en su rostro mucho de su primitiva belleza, poseía un buen repertorio musical, lo que permitía alternarnos al piano, manteniendo el placer en los circunstantes. Hubo momento que me atuve *á mis creaciones filarmónicas*, con una *sans façon* digna de un organista de aldea de tercer orden. ¡Sin embargo, tenía admiradores! ya se ve, que sólo se trataba de bailar, lo que puede hacerse en casos apurados, hasta con música china.

Cuando el entusiasmo llegaba á su colmo, doña Eduviges advirtió con pavor mal reprimido, unas manchas negras que á manera de archipiélago se extendían por el brocato de los asientos! Una exclamación de horror é indignación estalló casi simultánea de los circunstantes, muchos de los cuales se dieron la gratuita labor de investigar la causa de tan grave desperfecto! Aún no repuestos de esa primera desagradable impresión, hubo de lamentarse el casi desmayo de una señorita, escuchándose al mismo tiempo los chillidos descompasados de otras que, con aire compungido y hasta llorosas, contemplaban sus vaporosos y blancos trajes pintarrajeados con el detestable ingrediente que se advertía en los asientos de brocato de seda color amarillo!...

A propósito de colores, el que tenía en mi rostro en esos momentos, debió ser verde, á consecuencia de una terrible sospecha que se me fijó en la mente; acordéme de mi leva, y de la pasada de campeche, de mucho campeche que le di antes de ir á casa de doña Eduviges sin esperar á que se orease del todo!...

Alguien que presumía de avisado, pronunció con aire trajicómico la fatal palabra: ¡campeche! De aquí esta granizada de exclamaciones:

—¡Qué imprudencia!

—¡¡¡Horror!!!

—¡Usar campeche!

—¡Habráse visto gusto más peregrino?

—¡Qué cochinada, uff, uff!

¡Sudaba rieles!; apenas podía tenerme en pie, parecía un reo convicto y confeso antes de la decapitación, que eso merecía por mi temeraria imprudencia... Hubo un momento supremo: todas las miradas convergieron sobre mi modesta personalidad impregnadas de soberano desdén...

Habían dado con la causa del lamentado mal, y para digno remate de tan peregrina y penosa situación, Beatriz, la escultural Beatriz, lanzándome una mirada fulminante, apenas pudo ahogar un agudo grito, quién sabe si inspirado por el brusco desencanto de un amor que terminaba por mi culpa, en el más espantoso de los ridículos!

Esta circunstancia imprevista, me permitió coger el sombrero con afectado aire de novio solícito, y emprendiendo una desatentada carrera, en la que me llevé de encuentro á doña Eduviges y á otra señora rechoncha, exclamé en tono trágico:

¡Voy á la botica!

Isaías SACONEC.

Julio de 1903.

## Cuadro

El mar está tranquilo.
Las ráfagas nerviosas de los vientos
no agitan el cristal de la onda pura
donde copia su azul el alto cielo.

Es sublime la calma. La ribera
se aduerme en la pereza del silencio.
¡Cuán poco duradera su quietud! Se siente
vago rumor que viene de lo lejos,
semejando el chasquido que en la selva
produce el huracán, torpe y violento.

Y se encrespó aquel mar que semejara
un cristalino espejo;
y como notas de soberbias liras
que dan vigor á los honrados pueblos,
vibraron, al chocar sobre las rocas,
las turbulentas olas con el viento.

Luis MARTÍNEZ MARCOS.



# Campestre

## Sociedad "Cooperativa de Abasto"



Directorio de la sociedad «Cooperativa de Abasto»

Con motivo del primer aniversario de su fundación, la sociedad «Cooperativa de Abasto» ofreció á sus numerosos asociados, en el nuevo y amplio local de la recreativa «Aguateros», situada en el camino Millán y Reyes, un apetitoso almuerzo el domingo próximo pasado.

El banquete, presidido por el directorio de la sociedad, comenzó á la 1 p. m., con arreglo á un buen condicionado menú, que hizo deglutir á dos carrillos á los numerosos comensales. Llegado el momento de los brindis, hicieron uso de la palabra los señores C. Fournier, D. Martínez, doctor C. Martínez Vigil y el joven José Pizzorno. Los oradores, entre nutridos aplausos, hicieron el elogio de la sociedad, que al año de su fundación ha podido reunir tantos asociados como á la fecha cuenta.

Eran las 4 de la tarde y los banqueteados, en número de cien, continuaban firmes en sus puestos de combate, oyendo amigablemente las felices ocurrencias de los señores Grolero y Repetto.

Componen el directorio de la «Cooperativa de Abasto» las siguientes personas, que aparecen sentadas en uno de nuestros grabados:

Presidente, Antonio Zunino; vicepresidente, Esteban Risso; Tesorero, Antonio Pizzorno; secretario, Alfredo de Echaniz; gerente, César Fournier; vocales, Juan de Matteis, Pedro de Matteis y Juan Bonifacino.



Haciendo por la vida



Grupo de los concurrentes

*Fots. de Blanco y Padilla, Uruguay 57.*



## Las nubes

Incansables viajeras del espacio,
¿Quién sujeta ni mide su alto vuelo
Al correr triunfadoras por el cielo,
Triunfadoras á ratos de lo azul?
Ora cruzan cual cisnes gigantescos
Que ansiaran navegar por las estrellas,
Ya—sombrías—engendran las centellas:
¡Son oscuro crespón ó níveo tul!

Cuando nacen del seno de horas calmas
Tachonan de alabastro las alturas,
Que lucen ramilletes de blancuras
Cual naranjos en tierna floración;
Y al brillar los retazos azulados
Más alto que las fúlgidas viajeras,
Parecen caprichosas hechiceras
Que pisaran alfombras de algodón...

¡Cómo atraen las vívidas miradas
Y el ardiente pensar de los mortales!
¡Cómo engendran ternuras celestiales
—Cual legiones de madres—al pasar!
Son como embajador de lo infinito
Que despiertan un dulce sentimiento,
Y encadenan al cielo el pensamiento
Y al cielo una plegaria hacen alzar!

Mas si nacen en horas de tormenta
Presentan al mortal su faz bravía,
Y una noche triunfante en pleno día
Pone sombras, negruras por doquier;
Y rasgando su seno en mil lugares
Lanzan flechas doradas á la tierra
Que—cual rayos del mal—cada una encierra
Fieras ansias de herir y de vencer...

¡Cómo rugen las ansias destructoras
De las nubes sombrías y furiosas!
¡Cómo tiemblan los hombres y las cosas
Comparando grandeza y pequeñez!..
Pero pronto dominan sus temores,
Ven trocar la grandeza en impotencia
¡Y al mando de su altiva inteligencia
Ven domados los rayos á sus pies!

Por un lado las nubes que, tranquilas,
Suscitan tierno y noble sentimiento;
Por el otro el furor, que al pensamiento
Obliga á defenderse con valor...
Yo prefiero las nubes tempestuosas,
Las que envían relámpagos de muerte,
¡Porque sólo en peligro el hombre es fuerte,
Como sólo luchando es triunfador!

. . . . . . . . . . . . . . . .

Nubes claras y oscuras también cruzan
De las almas humanas por el cielo:
Son blancas si hay amor y si hay consuelo,
Sombrías si hay tristeza y padecer;
Aquéllas representan horas rápidas,
Bellas horas de paz y de alegría,
Las otras sólo engendran á porfía
Anhelos de luchar y de vencer.

¡Crucen cisnes y azahares por el cielo
De las almas dichosas de la tierra!
Pero vengan también en son de guerra
Las flechas rugidoras del dolor...
Yo prefiero las últimas, y siento
Que esa pena doquier triste y maldita
¡Para probar su temple necesita
Mi espíritu de rudo luchador!

SANTÍN C. ROSSI.

## La tapera

Por allí, de noche, jamás osa pasar el supersticioso paisano.

Aquella *tapera* rodeada de altos yuyales y de carcomidos y secos árboles, tiene algo de lúgubre que oprime el corazón.

Cuenta la gente de aquel pago, que, cuando la noche siembra el espacio con el polvo negro de su vestidura, salpicada con lentejuelas áureas, el intenso y ruidoso gemido del pampero se confunde con otros gemidos desgarradores, nacidos en el fondo de aquellas ruinas, que entonces tienen un aspecto aterrador, porque mil siniestros fantasmas circundan aquel sitio, unos llorando, otros amenazantes, y todos en revuelta confusión diabólica... y que, simultáneamente, encienden el aire, dos luces de un mismo tamaño, que se acercan con ligereza de lampo, se confunden, y forman una sola llamarada grandiosa que se eleva, se eleva hasta perderse en las encumbradas nubes...

En el cuerpo de aquel esqueleto derruido, dicen que habitó una enamorada pareja.

Un día el rancho estaba vacío, y debajo del ombú que bajo el palio de esmeralda de sus frescas hojas, miraba la dorada totora de aquel nido de amor, había dos cruces de madera.

Después... por todas partes cundió la medrosa leyenda.

Pero nadie ha visto todavía, á la madrugada, salir de aquella *tapera* á un paisano, que con la cabeza inclinada al pecho, enjuga con el poncho gruesas gotas de llanto que le queman las mejillas, y como un lamento decir estas palabras:

«¡Este dolor, este remordimiento me *voltiará!*.. Pero no podía ser de otro, porque era mi vida!.. ¡Dios mío, *perdoname!*..

ENRIQUE BOTTARO.

## El bardo del bosque

En verdad que el progreso material á que hemos llegado en el presente siglo ha venido á cegar las fuentes de poesía donde muchos ingenios peregrinos bebieron su inspiración. Mejor dicho: una nueva poesía ha sustituído á aquella que nacía del murmullo del blando arroyuelo, de los paisajes apacibles del campo, de las dulzuras del hogar, del sagrado recogimiento del culto religioso.

Donde se escuchaba grato rumor del manantial, se alza la maquinaria que se aprovecha de la fuerza hidráulica de la onda cristalina.

Si viajamos, la locomotora con su rapidez vertiginosa, nos impide gozar contemplando los bellos paisajes de la pradera, y al dirigir nuestra mirada al mar, ya no veremos la nave multicolor, invitándonos á la molicie con el movimiento acompasado de sus remos y con sus velas tenues hinchadas por el viento, sino el vapor, semejando un enorme trozo de carbón flotante comenzando á incendiarse, monstruo al que no detiene la furia de las olas.

A la fiesta sencilla donde presidía la franqueza, ha sucedido el festín donde reina la más refinada etiqueta.

He aquí por lo que los amantes de la verdadera poesía, abandonan las ciudades que caen bajo el dominio de la industria y amaneramiento social, y, lira al hombro, se internan en el bosque para dar expansión al arranque del alma, para gozar con los efluvios de la naturaleza salvaje.

—

Había en la ciudad de Cocubrales un bardo joven que era el ídolo de sus sencillos moradores; todas las sonrisas femeniles eran para él; hombres, mujeres y niños escuchaban atentos la palabra dulce de aquel hijo de Apolo, mas llegó el día en que Cocubrales fuera visitado por esas plagas más terribles que las de Egipto: el vapor y la electricidad, y desde entonces comenzaron los sufrimientos de nuestro bardo.

Al principio las cándidas doncellas dejaban súbitamente de escuchar los versos con que embargaba sus oídos delicados al oir el silbido de la locomotora, para ir á presenciar la llegada de los viajeros; y más tarde olvidaron al galán trovador por el gallardo extranjero que visitaba la población. Aquello era un sacrilegio.

En las fiestas, en las que en otros tiempos se amenizaban las veladas recitando cuentos fantásticos y versos *con motivo* de plantas como «A una palmera» «A una ceiba», etc., hubo quien exigiera á nuestro poeta (la personalidad más culminante del lugar), que improvisara algún verso en loor del ferrocarril, del comercio, de la luz eléctrica. Aquello era insoportable.

Los extranjeros recién avecindados lo invitaban á los banquetes y pugnaban por convertirlo en *poeta oficial*. Aquello era atroz.

Era imposible vivir entre aquella sociedad.

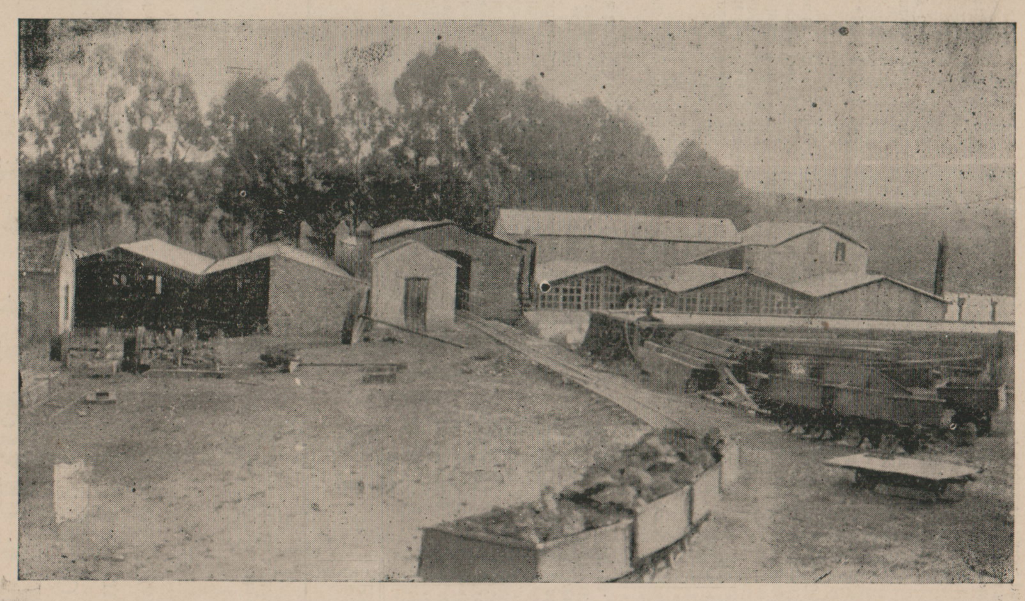
«¡Qué!, decía Agutís (el poeta), creerán estos mequetrefes que he de gastar en corbata y en afeitarme *á la bross* y en cosméticos y en casimires y en transformarme en *percha* de dijes como lo son ellos, sólo por asistir á sus festines insípidos á perder mi libertad en el hablar, en el comer, en el vestir; y *sacar la tarea* bailando el monótono vals, la risible masurca y el ridículo *schotis* con una muñeca que me pida con gestos detestables una lisonja por cada movimiento estudiado, un verso por cada mirada enigmática, y que me dé en premio de tanto martirio, una flor marchita? No! no he de perder con mi sueño, mi salud tan preciada en cambio de tanta frivolidad, ni he de atormentar mi memoria aprendiéndome *el lenguaje de las flores*.

Yo, amante de la poesía, cantar al vapor que la destruye! ¡Nunca!

Buscaré otro lugar que me brinde todos los encantos de que he gozado en Cocubrales».

Y diciendo y haciendo, se fué á habitar á los bosques de Tecuma, donde compone *galeras* epigramáticas, sin dejar sus inveteradas costumbres de Tenorio rústico y lanzando dicterios contra la poesía *refinada*, como él llama á la que cultiva el mundo elegante.

I. ZELAYA.



Minas de Cuñapirú

# "LA ALBORADA"

## PROGRAMA PUBLICADO CON AUTORIZACIÓN DEL "JOCKEY-CLUB"

PROGRAMA OFICIAL DEL DOMINGO 12 DE JULIO DE 1903

*Comisarios del mes de julio: señores Manuel Quintela, Juan Victorica, y Alberto Susviela Guarch*

### 1.ª carrera—Premio «Stud Apolo»

Para caballos de 3 años y más edad que no hayan corrido, perdedores y ganadores de una carrera en todo tiempo.—Distancia: 1200 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Premios: $ 350 al 1.º y $ 50 al 2.º.—Peso por edad.—Los perdedores de 3 ó más carreras 3 kilogramos de alivio.—A la 1.30 p. m.

| PROPIETARIOS | ORDEN | CABALLOS | PELOS | AÑOS | PESO | PADRES | COLORES |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| S. Charrúa | 1 | «Hamlet» | zaino | 6 | 59 | Ney-Little Polly | ch. bl. mgs azules g. col. |
| S. Germania | 2 | «Boer» | zaino | 3 | 58 | Guerrillero—Granada | ch. col. mgs. y g. oro viejo |
| S. Nico Pérez | 3 | »Sarandí» | zaino | 3 | 58 | Progreso—Alba | ch. y g. am. y c. á r. vert. |
| S. Numancia | 4 | «Doña Sol» | zaina | 5 | 57 | Alerta—Dorada | ch. ng. y oro á r. v. g. col. |
| S. Massena | 5 | «Lady Love» | colorada | 5 | 57 | Carrasco—Lady Edén | ch. nar. mgs. y g. salmón |
| S. Misiones | 6 | «Lady Smith» | zaina | 3 | 56 | Jonquit—Lucrecia | ch. oro viejo g. azul |
| R. Guadalupe | 7 | «Mariscal» | zaino | 4 | 56 | Offenheit—Kitten | ch. violeta g. naranja |
| S. La Sierra | 8 | «Gatita» | dora'illa | 3 | 56 | Guerrillero—Amet'lladora | ch. p. y n. á r. h. g. p. n. |
| S. Argentino | 9 | «La France» | zaino | 4 | 56 | Paysandú—Lamia | ch. az. m. b. p. c. y b. g p. |

### 2.ª carrera—Premio «Stud Chantilly»

Handicap para todo caballo.—Distancia: 1300 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Forfait: $ 5.—Premios: $ 400 al 1.º y $ 50 al 2.º.—A las 2 y 5 p. m.

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| S. Santa Lucía | 1 | «Acomodo» | oscuro | 6 | 59 | Solomón—Princesa | ch. col. mg. y g. oro viejo |
| S. Navarro | 2 | «Chato» | zaino | 6 | 57 | Rusticus--hija de S. Simón | ch. y g. cel. bd. col. y am. |
| S. Principiante | 3 | «Fram» | zaino | 6 | 57 | Monarque—Lidia | ch. az. á l. oro g. azul y o. |
| E. Chantilly | 4 | «Cincinato» | alazán | 3 | 55 | Offenheit—Circé | ch. y g. punzó |
| S. Uruguay | 5 | «Chipá» | zaina | 3 | 53 | Progreso—Vanda | ch. celeste g. blanca |
| S. Redención | 6 | «Dandy» | zaino | 5 | 51 | Prometeo—Vivandera | ch. celeste g. colorada |

### 3.ª carrera—Premio «Stud Cololó«

Para potrillos y potrancas de 2 años que no hagan ganado.—Distancia: 1000 metros.—Entrada $ 1.0—Forfait: $ 5.—Premios: $ 350 al 1.º, $ 50 al 2.º—Peso: 54 y 52 kilos.—A las 2 y 40 p. m.

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| E. Exmoor | 1 | «Gran Mogol» | zaino | 2 | 57 | Exmoor—Marranita | ch. ros. alam. n. g. r. y n. |
| S. Chantilly | 2 | «Proclama» | dora'illa | 2 | 52 | Guerrillero--La Marechale | ch. y gorra punzó |
| S. Renacimiento | 3 | «Pichinango» | zaino | 2 | 53 | Progreso—Vanda | ch. negra mags. y g. oro |
| S. Sorpresa | 4 | «Gloria» | zaina | 2 | 48 | Guerrillero—Dinamita | ch. blanca bda. y g. oro |

### 4.ª carrera—Premio «Stud Redención»

Handicap para todo caballo.—Distancia: 2000 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Forfait: $ 5.— Premios: 450 al 1.º y $ 50 al 2.º.—A las 3.15 p. m.

| PROPIETARIOS | ORDEN | CABALLOS | PELOS | AÑOS | PESO | PADRES | COLORES |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| S. Chantilly | 1 | «Kartoum» | alazán | 4 | 60 | El Amigo—Violette | ch. y g. punzó |
| E. Clover | 2 | «Omnium» | alazán | 7 | 57 | Orbit—Himalaya | ch. a. ms. oro g. az. y oro |
| E. Exmoor | 3 | «Cronge» | zaino | 4 | 51 | Júpiter—Elsa | ch. rosa alam. n. g. r. y n. |
| S. Los Pinos | 4 | «Lybia» | zaina | 6 | 49 | Hervidero—Fornarina | ch. turq. bda. y g. punzó |
| S. Apolo | 5 | »Clio» | zaina | 6 | 49 | Acherón—Calandria | ch. am. y negra g. color. |
| S. Tejera | 6 | «Chiquito» | zaino | 3 | 47 | Express- -Favorita | ch. pz. á ln. bls. g. punzó |

### 5.ª carrera—Premio «Remate»

Para caballos de 3 años y más edad que no hayan ganado más de tres carreras en todo tiempo—Peso por edad.—Base de venta 500 pesos. Por cada 100 pesos menos 3 kilos de rebaja.—Distancia: 1300 metros aprox.—Entrada: $ 10.—Premios: $ 350 al 1.º y 50 al 2.º.—Excluídos los ganadores del premio «Remate».—A las 3.50 p. m.

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| E. Clover | 1 | «Teniente« | alazán | 4 | 53 | Monarque—Lidia | ch. az. mg. oro g. az. y o. |
| S. Salsipuedes | 2 | «Lingote» | zaino | 3 | 52 | Gayt Hermit—Mascotte | ch. punzó, mgs. y g. viol. |
| S. Recuerdo | 3 | «Amina» | zaina | 3 | 50 | Mivoisin—Mis Bowler | ch. y g. azul |
| S. Cuaró | 4 | «Hilarity» | alazán | 5 | 50 | Orbit—Gaicty | ch. mar. g. oro y n. á ray. |
| S. R. Guadalupe | 5 | «Veneno» | alazán | 5 | 47 | Guerrillero-Ametralladora | ch. violeta g. naranja |
| S. Apolo | 6 | «Vidalita» | zaina | 3 | 47 | Offenheit—Vivandera | ch. turquesa g. colorada |
| S. Latino | 7 | «Góndola» | alazán | 4 | 45 | Express—Louise Michele | eh. y g. colorada y negra |

### 6.ª carrera—Premio «Ecurie Exmoor»

Handicap para caballos que no hayan ganado en 1903 y para los que no hayan ganado más de 2000 pesos en todo tiempo.—Distancia: 1800 metros.—Entrada: $ 10.—Forfait: $ 5.—Premios: 400 $ al 1.º y $ 50 al 2.º.—A las 4.25 p. m.

| | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| S. Clover | 1 | «Omnium» | alazán | 7 | 59 | Orbit—Himalaya | ch. az. mgs. o. g. az. y o. |
| E. Chantilly | 2 | «Cincinato» | alazán | 3 | 55 | Offenheit—Circe | ch. y g. punzó |
| S. Buenos Aires | 3 | «Rovela» | zaina | 4 | 55 | Saint Gall—Mis Rovel | ch, az. mags. grn. g. col. |
| S. Los Pinos | 4 | «Remember» | colorado | 3 | 54 | Progreso—Reverie | ch. turquesa bda. y g. puz. |
| S. Imperio | 5 | «Uruguayo» | zaino | 3 | 49 | Júpiter—Melilla | ch. y g. verde ribs, negros |
| S. Yatay | 6 | «Cassio» | alazán | 6 | 49 | Camors—Delicada | ch. y g. azul mar. á l. bls. |
| S. Massena | 7 | «Lady Love» | colorada | 5 | 46 | Carrasco—Lady Edén | ch. nar. mgs. y g. salmón |
| S. Cuaró | 8 | «Meca» | alazán | 4 | 46 | Guerillero—Iona | ch. marrón g. oro |

Todas las carreras se largarán con *Starting Gate.*

La primera carrera se correrá á la **1.30** p. m., y el tren saldrá á la **1** p. m.

PRECIOS.—Palco, paddock y circo, $ 2,00; palco y circo, $ 1.00; circo, $ 0.50.



**A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.--Cuando no reciban con regularidad el periódico, reclamen inmediatamente por escrito á la Administración á fin de dar cuenta al señor Director de Correos, quien está empeñado en organizar debidamente el servicio. No se atienden reclamos pasados 15 días.**


Director-gerente **Arturo Salom**

Administrador: **AGUSTIN SALOM**

# LA ALBORADA

18 de Julio, 194 1.er piso **MONTEVIDEO** R. O. del Uruguay

**SEMANARIO DE LITERATURA Y ACTUALIDADES**

**FUNDADO EN 5 DE JULIO DE 1896**

**Teléfono "Cooperativa" número 615**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| | | |
|---|---|---|
| Por mes | ps. | 0.50 |
| Por semestre adelantado | » | 3.00 |
| Número suelto (los sábados y domingos) | » | 0.10 |
| » » (de la semana) | » | 0.20 |
| Número suelto (atrasado) | ps. | 0.30 |
| Por un año adelantado | » | 5.00 |
| Exterior. Por año adelantado | » | 7.00 |


## NOTA ADMINISTRATIVA

**Se ruega encarecidamente á los señores que más abajo se detallan, tengan á bien chancelar sus deudas á la mayor brevedad.**

| | |
|---|---|
| José María Corral—Rivera | $ 27.04 |
| Demetrio Errausquin—Maldonado | » 13.43 |
| Saturnino Mernies—Mercedes | » 9.00 |
| Eustaquio B. Curbelo—San Carlos | » 11.40 |
| Elvira García—Parado | » 9.10 |
| Guillermo Wilson—Rosario Oriental | » 8.64 |
| Francisco M. Sánchez—Minas | » 7.40 |
| Miguel Balvela—Itapebí | » 14.10 |
| Nemesio Ruiz (hijo)—Sauce del Olimar | $ 10.20 |
| Alfredo M. Luc—Estación Cazot | » 7.80 |
| Marcelino Moas—San Fructuoso | » 31.80 |
| Eduardo Cano Aberasturi—Rivera | » 10.80 |
| Pablo C. Godoy—Cerros de la Calera | » 15.40 |
| Vicente Bravo—San José | » 12.30 |
| Gregorio García—San Carlos | » 5.80 |
| Jesús Sosa—Florida | » 7.20 |

Montevideo, Enero 25 de 1903.

## El teniente de los gavilanes

POR ZAYAS ENRIQUEZ

—Compañero, suplico á usted que haga llegar este recuerdo á manos de mi madre. Ella me la puso cuando salí para esta campaña.

Momentos después, cayó sin vida aquel joven instruído, valiente, generoso, de honradez inmaculada, y que tenía en perspectiva un porvenir de los más envidiables.

El coronel Aquiles Collin, ayudante de Valle, y su apasionado admirador, había logrado escaparse, después de la derrota; pero al saber que Valle estaba prisionero, retrocedió y se presentó á Márquez, diciéndole que quería correr la suerte de su jefe.

—El jefe de usted fué fusilado.

—Bueno, pues ¡fusíleme usted! contestó aquel soberbio francés, personaje digno de la lira de Homero.

Márquez no supo admirar tanto heroísmo, y mandó fusilar al héroe.

### III

Envalentonados por el éxito, contando con el pánico que debía producir en Méjico la noticia de tan doloroso desastre, y alentados por las promesas de operar un movimiento revolucionario en la misma capital, se acercó Márquez á la ciudad, y el 25 de junio se presentó por la Rivera de San Cosme, con 1,500 hombres, acompañado de Zuloaga, Taboada, Negrete, Argüelles y otros cabecillas de nota. Pero se frustraron sus planes, pues el general Parrodi salió del convento de San Fernando, con parte de los batallones 1.° y 2.° de Oajaca, y dos piezas de artillería, y después de algunos disparos, hizo retroceder á los reaccionarios.

Márquez se retiró con rumbo á Pachuca, ocupó la plaza, y de allí, por Real del Monte, pasó á Tulancingo, librando varios pequeños combates.

### IV

El fracaso de Méjico desanimó á los reaccionarios.

Hubo grandes disidencias entre ellos, sin que fuera posible aunar la opinión en favor de un plan.

Gutiérrez, Montaño, Taboada y otros se separaron simultáneamente, llevándose cada uno sus tropas, perseguidos por la caballería de González Ortega y de Carvajal.

González Ortega, que era el hombre más afortunado de aquella época, ya que no el de la ciencia y el de la experiencia, cualidades que siempre le faltaron, mandaba en jefe el ejército que salió en persecución de Márquez, logrando alcanzarlo en Jalaclaco, el 13 de agosto de 1861.

Márquez estaba encerrado y no tuvo más remedio que aceptar el combate, en el que fué derrotado totalmente; debiéndose el brillante éxito de la jornada á un joven coronel oajaqueño, que con su regimiento hizo prodigios de valor.

Ese joven coronel, poco conocido hasta entonces, estaba llamado á ser árbitro de los destinos de su patria; á ser una de las figuras más gloriosas del ejército, y uno de los héroes legendarios del país.

Era Porfirio Díaz.

González Ortega hizo justicia al joven coronel, y pidió oficialmente al gobierno su ascenso inmediato, el que le fué concedido nueve días más tarde.

Márquez y Zuloaga lograron salvarse milagrosamente. Desde entonces quedó la reacción vencida por segunda vez.

Ya no tuvo ni cosa que pareciese ejército, sino gavillas, que más se ensañaban contra la propiedad y la vida de los particulares, que contra el gobierno.

Muchos de los jefes conservadores abandonaron el campo, y ocultamente entraron en la capital, esperando la hora de una amnistía posible, ó de tiempos mejores para levantar de nuevo su destrozada bandera.

### CAPÍTULO CUARTO

EN EL QUE VOLVEMOS Á HALLAR MUCHOS CONOCIDOS Y ALGUNOS AMIGOS

### I

Las victorias alcanzadas por González Ortega, y el alejamiento de las bandas reaccionarias, devolvieron la confianza á los buenos vecinos de Méjico, excepción hecha, naturalmente, de los partidarios de la «conserva», como llamaban los «puros» á los «mochos», que todos esos nombres y otros más se propinaban mutuamente liberales y reaccionarios. Algo se veía en lontananza como un amago de guerra con Europa; pero en aquella época las comunicaciones eran tan difíciles y tardías, había tanto en qué ocuparse en el interior del país, era tan discutible el interés que pudieran tener España, Francia é Inglaterra por nuestra cosa pública, que poco caso se hizo de los barruntos de tormenta.

El Congreso «funcionaba». Las sesiones eran acaloradísimas y algunas veces de gran interés, como que aquella legislatura fué quizás la que, con la Constituyente, reunió mayor número de hombres notables en Méjico. Allí fué donde Altamirano se reveló orador inspirado, haciendo alarde de una elocuencia brillante, ardiente, arrastradora, que participaba de la de Mirabeau y de la de Dantón. Allí fué donde Hernández y Hernández comenzó su carrera política, tan corta como útil á la patria, siendo uno de los tribunos más populares y elocuentes de nuestro parlamento. Allí surgió también la figura de don Sebastián Lerdo de Tejada, tenido por moderado, y que dió pruebas de avanzado. Allí encontramos también á Ignacio Mariscal, á Riva Palacios, á González Urbina, á Ortiz de Montellano, á León Guzmán, á José María Mata, á Juan José Baz, á Zendejas y á otros muchos que más tarde debían desempeñar papeles importantes en los asuntos patrios, y que dieron entonces tanto lustre al Segundo Congreso Constitucional.

### II

Entre la falange de los jóvenes figuraba como una de las más bellas personalidades Martín Varela. Nacido en la capital, hijo único de una familia orgullosa por su abolengo y alta posi-

*(Continuará).*

## El teniente de los gavilanes

POR ZAYAS ENRIQUEZ

—Compañero, suplico á usted que haga llegar este recuerdo á manos de mi madre. Ella me la puso cuando salí para esta campaña.

Momentos después, cayó sin vida aquel joven instruído, valiente, generoso, de honradez inmaculada, y que tenía en perspectiva un porvenir de los más envidiables.

El coronel Aquiles Collin, ayudante de Valle, y su apasionado admirador, había logrado escaparse, después de la derrota; pero al saber que Valle estaba prisionero, retrocedió y se presentó á Márquez, diciéndole que quería correr la suerte de su jefe.

—El jefe de usted fué fusilado.

—Bueno, pues ¡fusíleme usted! contestó aquel soberbio francés, personaje digno de la lira de Homero.

Márquez no supo admirar tanto heroísmo, y mandó fusilar al héroe.

III

Envalentonados por el éxito, contando con el pánico que debía producir en Méjico la noticia de tan doloroso desastre, y alentados por las promesas de operar un movimiento revolucionario en la misma capital, se acercó Márquez á la ciudad, y el 25 de junio se presentó por la Rivera de San Cosme, con 1,500 hombres, acompañado de Zuloaga, Taboada, Negrete, Argüelles y otros cabecillas de nota. Pero se frustraron sus planes, pues el general Parrodi salió del convento de San Fernando, con parte de los batallones 1.º y 2.º de Oajaca, y dos piezas de artillería, y después de algunos disparos, hizo retroceder á los reaccionarios.

Márquez se retiró con rumbo á Pachuca, ocupó la plaza, y de allí, por Real del Monte, pasó á Tulancingo, librando varios pequeños combates.

IV

El fracaso de Méjico desanimó á los reaccionarios.

Hubo grandes disidencias entre ellos, sin que fuera posible aunar la opinión en favor de un plan.

Gutiérrez, Montaño, Taboada y otros se separaron simultáneamente, llevándose cada uno sus tropas, perseguidos por la caballería de González Ortega y de Carvajal.

González Ortega, que era el hombre más afortunado de aquella época, ya que no el de la ciencia y el de la experiencia, cualidades que siempre le faltaron, mandaba en jefe el ejército que salió en persecución de Márquez, logrando alcanzarlo en Jalaclaco, el 13 de agosto de 1861.

Márquez estaba encerrado y no tuvo más remedio que aceptar el combate, en el que fué derrotado totalmente; debiéndose el brillante éxito de la jornada á un joven coronel oajaqueño, que con su regimiento hizo prodigios de valor.

Ese joven coronel, poco conocido hasta entonces, estaba llamado á ser árbitro de los destinos de su patria; á ser una de las figuras más gloriosas del ejército, y uno de los héroes legendarios del país.

Era Porfirio Díaz.

González Ortega hizo justicia al joven coronel, y pidió oficialmente al gobierno su ascenso inmediato, el que le fué concedido nueve días más tarde.

Márquez y Zuloaga lograron salvarse milagrosamente. Desde entonces quedó la reacción vencida por segunda vez.

Ya no tuvo ni cosa que pareciese ejército, sino gavillas, que más se ensañaban contra la propiedad y la vida de los particulares, que contra el gobierno.

Muchos de los jefes conservadores abandonaron el campo, y ocultamente entraron en la capital, esperando la hora de una amnistía posible, ó de tiempos mejores para levantar de nuevo su destrozada bandera.

### CAPÍTULO CUARTO

EN EL QUE VOLVEMOS Á HALLAR MUCHOS CONOCIDOS Y ALGUNOS AMIGOS

I
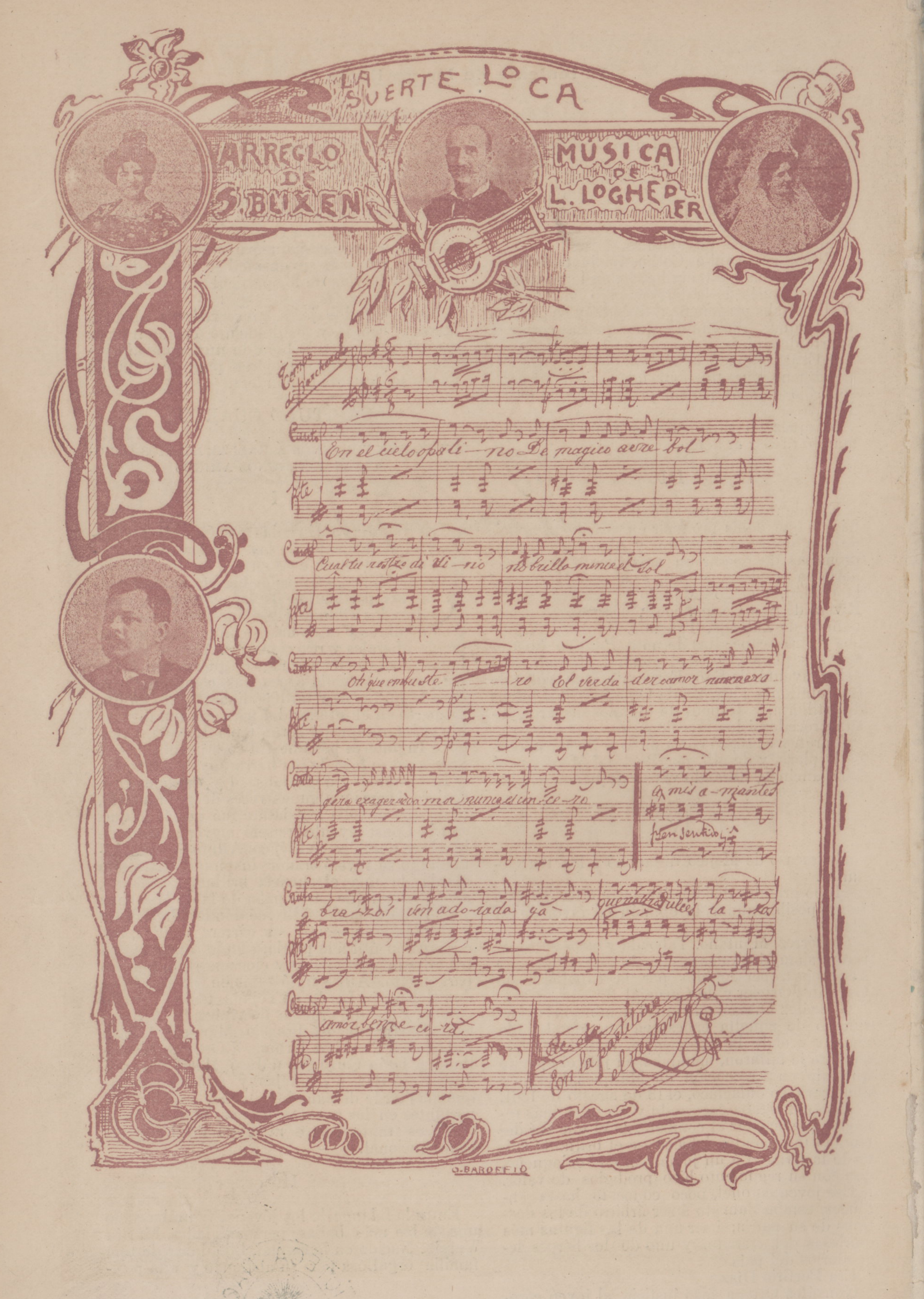
Las victorias alcanzadas por González Ortega, y el alejamiento de las bandas reaccionarias, devolvieron la confianza á los buenos vecinos de Méjico, excepción hecha, naturalmente, de los partidarios de la «conserva», como llamaban los «puros» á los «mochos», que todos esos nombres y otros más se propinaban mutuamente liberales y reaccionarios. Algo se veía en lontananza como un amago de guerra con Europa; pero en aquella época las comunicaciones eran tan difíciles y tardías, había tanto en qué ocuparse en el interior del país, era tan discutible el interés que pudieran tener España, Francia é Inglaterra por nuestra cosa pública, que poco caso se hizo de los barruntos de tormenta.

El Congreso «funcionaba». Las sesiones eran acaloradísimas y algunas veces de gran interés, como que aquella legislatura fué quizás la que, con la Constituyente, reunió mayor número de hombres notables en Méjico. Allí fué donde Altamirano se reveló orador inspirado, haciendo alarde de una elocuencia brillante, ardiente, arrastradora, que participaba de la de Mirabeau y de la de Dantón. Allí fué donde Hernández y Hernández comenzó su carrera política, tan corta como útil á la patria, siendo uno de los tribunos más populares y elocuentes de nuestro parlamento. Allí surgió también la figura de don Sebastián Lerdo de Tejada, tenido por moderado, y que dió pruebas de avanzado. Allí encontramos también á Ignacio Mariscal, á Riva Palacios, á González Urbina, á Ortiz de Montellano, á León Guzmán, á José María Mata, á Juan José Baz, á Zendejas y á otros muchos que más tarde debían desempeñar papeles importantes en los asuntos patrios, y que dieron entonces tanto lustre al Segundo Congreso Constitucional.

II

Entre la falange de los jóvenes figuraba como una de las más bellas personalidades Martín Varela. Nacido en la capital, hijo único de una familia orgullosa por su abolengo y alta posi-

*(Continuará).*






POR ZAYAS ENRÍQUEZ

ción, Martín creció en medio de los mimos de sus padres, de la estimación de sus condiscípulos y de la adulación de criados y amigos de la familia; es decir, en medio de la atmósfera más propicia al desarrollo de cuantas malas pasiones trae en germen el ser humano, al venir al mundo. A los quince años quedó Martín huérfano de padre, acontecimiento que tuvo una influencia decisiva en el porvenir del joven, que hasta entonces había crecido en medio de la ociosidad y de la pereza, aprendiendo lo estrictamente indispensable para no aparecer como un ignorante extraordinario; y ese corto bagaje de conocimientos, lo debía más á su naturaleza privilegiada que á los esfuerzos de padres y maestros, quienes creían que con el nombre que llevaba el joven, su buena presencia, sus relaciones sociales y un capital de más de medio millón de duros, había lo suficiente para figurar en primera línea sin tomarse el trabajo de averiguar la distancia que media entre nuestro planeta y el sol, y si la tierra es redonda ó cuadrada, ni tantas otras zarandajas, buenas para los arrancados que andan buscando un real para completar un duro.

### III

Martín echó de ver un día que era ignorante, lo que demuestra buen juicio; y se avergonzó de su ignorancia, lo que demuestra talento. Comprendió por intuición que en Méjico, como en todo el mundo moderno, se derrumbaba el gótico torreón de la sociedad antigua, y era preciso valer algo por sí mismo, para ser considerado por una sociedad iconoclasta, reñida con toda tradición, revolucionaria, y que en su edad de democracia, había de concluir por proclamar la excelsitud de la plebe, hasta que se restableciera el equilibrio, por las leyes inmutables de la Naturaleza, y cada uno fuese considerado según sus propias obras.

Fortaleció su espíritu con el estudio, fortificó su cuerpo con los ejercicios corporales, y, cuando contaba veinte años, era el primer alumno del colegio de Medicina, y á las esculturales formas de un Antinoo reunió las fuerzas de un Hércules.

La familia de Varela pertenecía al partido reaccionario, rayando en frenesí la pasión política y religiosa de doña Guadalupe, la madre de Martín, parienta lejana del obispo Barajas, y á quien distinguía de una manera muy particular el Nuncio apostólico, monseñor Clementi. En cambio Martín, que en sus primeros años había participado de las creencias maternales, andando el tiempo se fué despreocupando, y al fin en las aulas de Medicina, se metamorfoseó, concluyendo por abrazar la filosofía más positiva que se conocía entonces entre nosotros, hasta el punto que hubiese concluido en ateo, á no haber sido porque en aquel cerebro de médico positivista se encontraba una buena dosis de poeta soñador.

Aquel joven sintetizaba su país y su época. Era la mezcla de la luz y de la sombra; el encuentro de dos extremos irreconciliables, el conflicto entre todos los antagonismos convergiendo al mismo campo cerrado, para luchar. El filósofo negaba; pero el poeta afirmaba.

De allí la divergencia que se notaba entre los sentidos versos que se publicaban en "El Pensamiento," llenos de ternura, de fe y de esperanza, y que tal vez pecaban de un optimismo que formaba contraste con las composiciones que aparecían en el mismo periódico firmadas por Juan Díaz Covarrubias; y los artículos que en "El Heraldo" propagaban las ideas más radicales y anarquistas, que causaban grave escándalo en aquella sociedad que apenas sospechaba la existencia de Voltaire. Martín firmaba los versos con su propio nombre; pero por respeto á su madre, subscribía sus artículos con el pseudónimo de "Martín Lutero."

### IV

Juan Díaz Covarrubias, el joven poeta veracruzano, era el amigo inseparable de Martín. Algo menor era Juan, y sin embargo parecía de más edad, á causa de su carácter melancólico, de esa precoz madurez que se encuentra en los seres privilegiados que deben morir en la juventud.

Juan Díaz y Martín estudiaban el mismo año de medicina, cuando el general Degollado, á la cabeza de una hueste, más osada que numerosa y experta, se dirigió contra Méjico, cometiendo la torpeza que tan cara costó en otro tiempo al benemérito cura Hidalgo: la de vacilar y detenerse, en vez de dar un golpe audaz y decisivo.

Degollado se detuvo en Tacubaya desde mediados de marzo de 1859, cuando Miramón ponía inútil sitio á Veracruz, y hasta el 7 de abril no se resolvieron á atacarlo las fuerzas revolucionarias, librándose formal y sangriento combate el día 11, fecha que recuerda de año en año la República entera, como la mas luctuosa de las que señaló con sangre la guerra fratricida.

En los momentos en que las fuerzas de Márquez entraban triunfantes en la que desde entonces se llama "Ciudad de los Mártires", Covarrubias y Martín Varela acababan de poner un vendaje al teniente coronel reaccionario Juan Herrán, herido en una pierna.

Un sargento *chinaco* (1) hombre de colosal estatura, y que era nada menos que nuestro San Cristóbal, se acercó á Varela y le dijo:

—Doctorcito, ya corrió don Santos, y viene Márquez haciendo chuza. ¡Vámonos!

Varela no quiso ponerse en salvo sin prevenir á su compañero.

¡Bah! dijo Díaz Covarrubias. En ningún país civilizado fusilan á los médicos que están cumpliendo con su deber. Médicos y sacerdotes somos sagrados.

—Es que las chusmas no pertenecen á ningún país civilizado, repuso Martín.

—Yo me quedo; si me fusilan, que no lo creo, al menos no hago falta á nadie. Mis padres han muerto; mis hermanos no me necesitan, y no creo en el amor. A Dios.

Y volvió Díaz Covarrubias al lado de Herrán, haciendo un afectuoso signo de despedida á su compañero.

Martín vaciló un momento, y estuvo á punto de quedarse con don Manuel Sánchez, jefe del

*(Continuará).*

(1) Así llaman en Méjico al guerrillero, principalmente al que servía en el partido liberal.